

vólver, vió que funcionaba bien, lo cargó y dijo con voz sorda:

—Huáscar nos ha hecho traición, nos ha engañado como a unos niños. Ha venido aquí sin ocultarse, en pleno día, como si no temiera responder ante los suyos de semejante paso; estaba de acuerdo con ellos. Ha conseguido tenernos encerrados aquí durante algún tiempo, cuyo valor conoceremos después. Yo ya no tengo ninguna esperanza. María Teresa está perdida; pero llegaré hasta ella o moriré antes que ella.

Y salió.

El marqués no dijo nada, pero cogió su revólver y siguió a Raimundo.

Natividad siguió al marqués.

Atravesaron la plaza. Cuando llegaron a la calle que conducía a la casita de "adobes", Natividad preguntó al marqués qué era lo que pensaba hacer contra cincuenta hombres armados.

—Al primer "poncho rojo" que veamos, le ofreceré mil "soles" por "hablar"—contestó—. Si no lo acepta o si no me comprende, le salto la tapa de los sesos. ¡Después, ya veremos!

Al llegar al sitio en que fueran detenidos aquel día por un húsar quichúa del ejército de García, les sorprendió no tener que parlamentar con aquel centinela. Estaba libre el paso y ello les hizo concebir una nueva esperanza. Pero cuando dieron un centenar de pasos más y vieron la casita de "adobes" sin guardias y con la puerta abierta, un horrible presentimiento oprimió sus corazones. Precipitáronse a la casa, entraron en ella. Las habi-

taciones estaban desiertas. En una de ellas había ese olor particular, ese perfume violento de resina aromática que ya llamara la atención del marqués y de Natividad al penetrar en la primera estancia de la hacienda de Ondegardo, en el camino de Chorrillos.

—¡Oh, el perfume mágico!—suspiró Natividad.

—¡María Teresa!... ¡María Teresa!... ¡hija mía!... ¡Cristóbal, mi niño querido!—sollozaba el marqués—, ¿en dónde estáis? ¡Aquí nos habéis esperado! ¡Aquí es donde debíamos de haberos salvado!...

Su desesperación y sus inútiles palabras fueron interrumpidas por el ruido de una lucha en la puerta. Acudieron. Raimundo acababa de echar el guante a un mestizo que temblaba de terror entre sus manos. Era el amo de la casucha, que volvía, quién sabe de dónde, y que estaba borracho. La amenaza de muerte le devolvió toda su lucidez y tuvo que decir cuanto sabía.

A eso de las once de la noche había entrado en el patio un coche cerrado; ignoraba a quién obligaron a subir a aquel coche, pero cierto número de mujeres y todos los ponchos rojos lo escoltaron a pie hasta la estación. Podía afirmarlo, porque siguió al cortejo por pura curiosidad, puesto que ya le habían pagado. En la estación, el indio a quien llamaban Huáscar, le vió y le dió dinero para que se alejase, haciéndole prometer que no regresaría a su casa hasta el día siguiente por la mañana.

—¡Miserable!—rugió Raimundo—; demasiado comprendía que vendríamos aquí. ¡A la estación, pronto!...

Cuando llegaron allá les costó un trabajo im-probo encontrar a un empleado, dormido en un banco, que no tuvo ningún inconveniente en decirles que una cuadrilla de indios había salido a eso de las once y cuarto en un tren especial encargado aquella tarde por Oviedo Runtu "para sus servidores". Este empleado, después de asegurar al marqués que no conseguiría ningún tren especial para aquella noche, cualquiera que fuese el precio a que lo pagara, y de aconsejarle que si quería ir a Sicuani esperase el tren de la mañana, se volvió a dormir tranquilamente.

Fué aquella una noche espantosa para los tres viajeros. Trataron inútilmente de ver de nuevo a García, y vagaron por las calles hasta el amanecer. Cristóbal empezaba a divagar y ofrecía los síntomas precursores de la locura. Raimundo volvió a la casita de "adobes" y cayó de rodillas en la habitación más escondida, impregnada aún del perfume mágico. La atronó con sus sollozos. Cuando salió el tren, fueron tres espectros los que subieron al mismo departamento. Natividad estaba casi tan enfermo como los otros dos. Aquel fabuloso viaje en pos de la muerte había acabado por colocarlos al margen de la humanidad. Los viajeros que los divisaron huyeron literalmente, como si hubieran visto a unas fieras. Raimundo y el marqués movían las mandíbulas como animales rabiosos.

El tren no iba más que hasta Sicuani, pero no llegaron allí el mismo día; tuvieron que apearse y hacer noche en Juliaca, a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, y allí volvieron a encontrar las huellas del paso reciente de la cuadrilla india. El frío era intenso y penetrante, y el malestar que se siente en las montañas les acometió, les atontó, les hizo desplomarse sobre las banquetas, y no les abandonó hasta el día siguiente en Sicuani, importante aldea quichúa que estaba completamente desierta. Afortunadamente para ellos, de Sicuani a Cuzco había una línea de automóviles que seguía funcionando, no obstante los trastornos civiles y militares. El marqués, que no quería fiarse de nadie, compró a un precio disparatado un auto, con el propósito de que sirviese para algo más que para hacer honradamente el viaje. Al salir del patio de la estación con su auto se encontraron con el tío Francisco Gaspar, que se dirigía hacia ellos tranquilo, ágil y fresco como una rosa.

—¿Qué ha sido de ustedes?—les preguntó el bueno del sabio—. Les perdí de vista en Arequipa, pero me dije: "Nos encontraremos seguramente en donde estén los ponchos rojos." Y como tropecé con uno, no volví a separarme de él. Le seguí hasta una casita que hay a orillas de un río y que estaba custodiada por soldados. Y me dije: "Aquí es en donde están nuestra pobre María Teresa y nuestro Cristobalito." Y les esperé a ustedes allí. No fueron ustedes, y me dije: "Se han marchado antes que los "ponchos rojos", por

que saben adonde van a celebrar esas ceremonias, ¿no es verdad?" Por eso, aquella noche, cuando tomaron el tren, me marché con ellos. En la estación me decían: "Imposible, es un tren especial"; pero le dí dos "soles" al empleado y me subí al furgón. No les vi a ustedes al llegar, ni en Cuzco tampoco, y pensé: "Vendrán en el tren de mañana por la mañana"; ¡y aquí me tienen ustedes!

No sospechaba Francisco Gaspar que en aquel instante corría el peligro de ser asesinado por el marqués o por Raimundo, que le hubiesen matado muy sencillamente, que le hubiesen suprimido por no oír su odioso hablar reposado, ni ver por más tiempo su excelente aspecto.

—¿Adónde han llevado a María Teresa?—le preguntó Raimundo brutalmente, cuando debía de haberle dado las gracias, puesto que después de todo había sido más hábil que ninguno.

—¡Ah, "demasiado lo saben ustedes! ¡A la Casa de la Serpiente!"

—"¡La Casa de la Serpiente!"—exclamó el joven, y con su crispada mano asió a Natividad por la manga—. ¡Usted me ha hablado de esa casa! ¿Qué casa es esa?

—¡Esa casa—respondió Natividad con voz débil—es la antesala de la muerte!

MARÍA Teresa abrió los ojos. ¿De qué sueño despertaba? ¿Qué sueño comenzaba en aquel instante? La lastimera voz de Cristobalito la volvió de una manera precisa y dolorosa a la horrible realidad. Tendió los brazos para que el niño se precipitase en ellos, pero no sintió sus besos ni sus lágrimas. Sus párpados se abrieron con trabajo para sacudir el mágico sopor que aún la embargaba. Su pálida frente desaparecía bajo sus cabellos sueltos y flotantes; entreabrió los dientes para respirar, y parecía una ahogada aún no completamente muerta que vuelve a la superficie de las aguas en busca de aire y de vida. Así resurgía ella de lo profundo de las tinieblas y de los sueños en que la sumía casi instantáneamente la bolsita sagrada, siempre dispuesta en las repugnantes manos de las tres momias vivientes. También las "mamaconas" tenían temibles perfumes que quemaban a su alrededor, "para reducirla a la inmovilidad". Y la Esposa del Sol se convertía en estatua cuando ellas quemaban en vasos preciosos la

resina de "sandía", más aromática que el incienso, más adormecedora que el beleño y más alucinante que el opio. Entonces podían cantar sin temor de que las interrumpieran. María Teresa estaba lejos de allí, y no las oía ni veía nada de lo que pasaba a su alrededor. Cosa singular: "en este estado de transportamiento" se trasladaba, "en espíritu", a su despacho de los almacenes del Callao, en el preciso momento en que Raimundo llamara desde la ventana a María Teresa y en que ella dejara caer el enorme libro verde. Luego le atormentaba la idea de que había dejado sin acabar una carta que estaba escribiendo al corresponsal de la casa de Amberes, para recordarle que al precio que indicaba sólo podía contar con "guanofosfatado", que no tendría más que un 4 por 100 de ázoe, y, "para eso"... No terminó aquella carta, porque llamaron a la ventana, que abrió inmediatamente, y cuando creía ver a Raimundo... se encontró con los tres cráneos monstruosos de las tres momias vivientes que avanzaban en la obscuridad con su movimiento de péndulo y se precipitaban sobre ella, y apoyaban brutalmente en su boca sus manos apergaminadas por la eterna noche de las catacumbas. Cuando salía de su pasado letargo imaginaba haber soñado; pero al abrir los ojos y volver a la realidad no sabía si, por el contrario, era entonces cuando empezaba a soñar.

Quando María Teresa abrió los ojos esta vez, se hallaba en la Casa de la Serpiente. Sabía que el día que se despertase en aquella

casa estaría muy próxima su muerte, porque sólo debían hacerla entrar en ella para entregarla a Huayna Capac, el penúltimo rey de los Incas, que iría a buscarla para llevarla a las encantadas moradas del Sol y ofrecerla a Atahualpa. Las "mamaconas" la habían enterado de este detalle, como era su obligación. Porque durante el viaje le permitieron gozar de algunos momentos de lucidez, durante los cuales la alimentaron con el néctar necesario para conservarla viva hasta el instante de la ceremonia, y la instruyeron en los principios de una religión de la que era la presa sagrada. Le enseñaron sus deberes de Esposa del Sol.

Al principio creyó que sería lo bastante afortunada para perder la razón. Le acometió una fiebre tan espantosa en los brazos de sus guardianes, que pudo creer que su alma abandonaría este mundo antes de que aquellas martirizasen su cuerpo. Pero como se habían criado en la "montaña" conocían los secretos que curan estas fiebres. En el primer descanso le hicieron beber un agua rojiza, mientras cantaban: "La fiebre ha extendido sobre ti su túnica emponzoñada. El odio que hemos jurado a tu raza nos ha impulsado a jurar que nunca revelaremos el secreto que la cura; pero te ha acometido el mal, y nuestro amor a la Esposa del Sol es más poderoso que nuestro odio a los tuyos. ¡Bebe, en nombre de Atahualpa, que te espera!..." (1).

(1) En este mismo país es en donde se descubrió el secreto de la corteza de quina.

De este modo volvió a la vida para morir; pero después de cada etapa, en el momento de reanudar la marcha, tornaban las tres momias vivientes con su bolsita sagrada, y por ello bastaba con que las "mamaconas" quemasen cantando la "sandía" en el fondo de los vasos preciosos, para que no fuese nuevamente otra cosa que una estatua inerte entre sus ágiles manos. Así la hicieron atravesar todo el Perú; así llegó a Arequipa, a la casita de "adobes" que debía ser la última etapa antes de la Casa de la Serpiente. Allí vió aparecer por primera vez a Huáscar, que llevaba en sus brazos una ligera carga cubierta con un velo. Tuvo fuerzas para levantarse al verle llegar. Y le gritó: "¡Vienes a salvarme!" Le dijo esto sin preocuparse de todos los oídos que había a su alrededor. El otro le respondió: "Pertenece al Sol, pero antes de que te lleve consigo te proporcionaré una gran alegría. Vas a poder abrazar a tu hermanito." Entonces levantó el velo y le presentó el niño dormido. Ella lanzó un grito y quiso precipitarse hacia adelante, pero Huáscar retrocedió porque estaba prohibido tocar a la Esposa del Sol. Los tres guardianes del templo estaban allí, balanceando sus repugnantes cráneos. Dieron orden a una de las mamaconas de llevar el niño dormido a María Teresa. Entonces ésta le cogió en sus brazos con desesperación y le besó llorando. Era la primera vez que lloraba desde que estaba presa. Sus lágrimas cayeron sobre los párpados del niño, que abrió los ojos.

La joven dijo: "¿Cómo le tenéis aquí? ¡No le

haréis ningún daño!" Y Huáscar, en tanto que el niño, colgado del cuello de su hermana sollozaba sobre su pecho: "¡María Teresa! ¡María Teresa!", respondió:

—Haremos lo que él quiera. Yo no deseo otra cosa que devolver el niño a su familia. El es el que vino a buscarnos. El es quien decidirá su suerte; "¡que tenga cuidado con lo que habla!" Esto es todo lo que puedo decir y hacer por vosotros. Pongo por testigos a los tres guardianes del templo.

Estos balanceaban sus repugnantes cráneos para aprobar todo lo que decía Huáscar.

María Teresa, que cubría al niño de besos, levantó su hermoso rostro en el que se reflejaba un nuevo espanto:

—¿Qué queréis decir? ¿Qué queréis decir con eso de: "que tenga cuidado con lo que habla"? ¿Acaso puede un niño tener cuidado con lo que habla?

Huáscar se dirigió entonces a Cristobalito:

—¡Niño! ¿Quieres venirte conmigo? ¡Te llevaré con tu padre!

—Quiero quedarme con María Teresa—respondió Cristóbal.

—El niño ha hablado—dijo Huáscar;—"¡ya no se separará de ti!" Este es el rito, ¿no es verdad?

Los tres guardianes del templo balanceaban sus cráneos.

Entonces Huáscar, antes de marcharse, pronunció las palabras del salmo aimara: "Bienaventurados los que entren puros en el reino del Sol,

puros como los corazones de los niños, en la auro-  
ra del mundo.”

—¡Huáscar! ¡Huáscar, acuérdate de mi madre!  
¡Ten piedad de nosotros!...

Pero Huáscar saludó a los guardianes del tem-  
plo y se marchó. María Teresa abrazó a Cristo-  
balito, le estrechó contra su pecho como una  
loca.

—Infeliz niño, ¿por qué has venido?

—Para decirte que no tengas miedo, María Te-  
resa. Papá y Raimundo van a llegar... Te buscan  
y vienen detrás. Nos salvarán...; ¡pero, si muer-  
res, quiero morir contigo!

Entonces lloraron, lloraron los dos, y no cesa-  
ban de besarse y sus rostros estaban bañados por  
las lágrimas confundidas de entrambos.

Luego volvieron las “mamaconas”, que prepa-  
raron su trípodes y sus vasos sagrados y que-  
maron la “sandía”. Y los dos se durmieron abra-  
zados.

Y ahora se despertaba en la Casa de la Ser-  
piente y ya no sentía los besos ni las lágrimas de  
Cristóbal. Sin embargo, gritaba, la llamaba...  
Consiguió incorporarse en la butaca en donde la  
habían acostado. Y entonces vió, enfrente de ella,  
al niño, completamente desnudo, entre las manos  
de las “mamaconas”. Aterrada, María Teresa qui-  
so correr en auxilio de Cristobalito; pero seis “ma-  
maconas” la rodearon y la calmaron momentánea-  
mente, asegurándole que no harían ningún daño  
al niño, y que procedían sencillamente a enga-  
lanarle, como harían con ella, porque los dos

debían ponerse la túnica de “piel de murciéla-  
go” (1).

Al hablarle le daban un título que hasta enton-  
ces no había oído en sus bocas. La llamaban  
“Coya”, que en inca significa “Reina”.

La tomaron en sus poderosos brazos, como a  
una muñeca, le quitaron la túnica color de azu-  
fre que le habían puesto en el primer descanso,  
en la hacienda de Ondegardo, y, como entonces  
hicieran, comenzaron a frotarla con aceite y un-  
guentos perfumados, cantando una lenta melopea  
que adormecía la inteligencia de un modo extra-  
ño. Eran mujeres de la provincia de Puno, altas  
y robustas, nacidas a orillas del lago Titicaca.  
Fuertes y hermosas, su andar era algo saltarín,  
casi siempre rítmico, pero ligero y armonioso.  
Sus brazos, bronceados y vigorosos, asomaban  
desnudos por entre negros velos. Tenían unos  
ojos magníficos, lo único que de su cara permi-  
tían ver.

María Teresa y Cristobalito las tenían miedo,

(1) La túnica de «piel de murciélagos», era una vestidura real.  
Véase lo que dice Prescott, ateniéndose al relato de Pedro Piza-  
ro, tomo II, página 96. «Estaba (el Inca) rodeado de sus mujeres  
y de las jóvenes de su harem que, como de costumbre, servían su  
mesa y desempeñaban los demás oficios domésticos cerca de su  
persona. En la antecámara había una guardia de señores indios;  
pero nunca se presentaban ante él sin ser llamados, y cuando  
entraban se sometían a un ceremonial humillante, impuesto has-  
ta a sus súbditos más poderosos. Para su mesa tenía una vajilla  
de oro y plata. Su traje, que cambiaba con frecuencia, se com-  
ponía de mantos de lana de vicuña tan fina que parecía seda. En  
las grandes solemnidades lo reemplazaba por una túnica de piel  
de murciélagos, tan suave y tan lisa como el terciopelo».

pero no eran malas. Dos de ellas debían morir con María Teresa para prepararle la alcoba nupcial en el palacio del Sol, y esas eran las que se mostraban más dispuestas, más cantarinas, las que más la "animaban". Eran completamente dichosas y lamentaban que la joven no manifestase la misma alegría. Sin embargo, hacían todo lo necesario para que así fuese; le describían los placeres que la esperaban allá arriba, y la ponderaban con espíritu de proselitismo su dicha por haber sido elegida "Coya" entre todas las demás. Llevaban pesadas pulseras de oro en los pies, que sonaban cuando se entrechocaban sus tobillos, y grandes aros en las orejas.

Ya no se oía al niño. Era juicioso. Le habían prometido, si se estaba quieto, ponerle nuevamente en los brazos de María Teresa. Esta también se dejaba manejar por las "mamaconas" con docilidad. La letanía con que arrullaban sus oídos adormecía asimismo su inteligencia, embotada aún por el sueño mágico de que acababa de despertar.

También la sostenía un pensamiento. El de que sabían en dónde estaba, qué había sido de ella, quiénes la habían robado y para qué. Estaba segura de que no se llevaría a cabo semejante horror. Los salvarían a los dos. Cristobalito había logrado reunirse con ella; ¡qué no podrían hacer su padre y Raimundo! Si no habían intervenido antes, era evidentemente porque querían ir sobre seguro. De un momento a otro esperaba ver aparecer a sus salvadores con la policía y los soldados. Y todos aquellos salvajes huirían a su

montaña, y ya no se les volvería a ver. Y olvidaría aquel espantoso sueño. Entretanto, no oponía ninguna resistencia. Se sentía débil como un niño ante el destino. El llanto de Cristobalito era lo único que lograba conmoverla.

LA ESPOSA DEL SOL SE PONE LA TÚNICA NUPCIAL

**E**N la morada del Sol—cantan las “mamacunas” por la centésima vez—los árboles dan frutos pesados, y cuando están maduros, las ramas se doblan para que el indio no tenga que tomarse el trabajo de alzar el brazo para cogerlos. ¡No lloréis! ¡Viviréis eternamente, eternamente, eternamente! La muerte viene a llamar a las puertas del palacio terrestre, y el genio del mal extiende sus alas malditas sobre nuestros bosques; pero no lloréis, porque allá arriba, junto al sol y la luna, que es su hermana y su primera esposa legítima (1), y junto a Charca (2), que es su fiel paje, viviréis eternamente, eternamente, eternamente!”

Sobre los perfumados cabellos de María Teresa colocaron la borla real cuyos flecos le caían hasta los ojos, y le prestaban ya una especie de belleza hierática. Se estremeció cuando deslizaron por sus hombros desnudos la túnica de piel de

(1) La primera mujer legítima de los Incas era siempre su hermana mayor.

(2) La estrella del Pastor, Venus.



murciélago. Parecióla que penetraba en algo viscoso y glacial, y que, desde aquel momento, pertenecía a la noche eterna en que el murciélago es la "Coya".

Luego le cogieron la muñeca y deslizaron en ella un aro, que miró... y que reconoció. ¡Era la "pulsera del Sol de oro"! Entonces comprendió que desde aquel instante comenzaba verdaderamente su agonía, y recordó con amargura la hora feliz y terrible en que viera por primera vez aquella pulsera, las bromas que provocara, a su tía Inés, aterrada, a la dueña Irene, santiguándose, a su padre, escéptico, y a Raimundo enamorado. ¿En dónde estaban todos a la sazón? ¿Por qué no iban a buscarla? ¿A qué esperaban? ¡Ya era tiempo! ¡Ya era tiempo!...

Tendió los brazos hacia la salvación providencial, que no llegó, y al cerrarlos estrechó entre ellos a Cristobalito, que acababan de entregarle, vestido ya con su siniestra túnica de piel de murciélago.

Cuando le vió vestido como ella, lloró por aquella víctima inocente. Quiso hablar a los guardianes del templo, que se la acercaron balanceando sus cráneos inmundos. ¡Ah! eran los mismos que aparecieron ante ella y Raimundo en las "huacas" fúnebres, que surgían de la tumba y que a la tumba iban a llevarla. ¡Sólo para eso habían vuelto a este mundo! ¡Eran los mismos que la acechaban tras los cristales de su balcón! ¡Dijera Conchita lo que quisiera, no era aquella esclava la que había recogido de la arena de la playa la pulsera del

Sol de oro!... ¡Fueron ellos! ¡Fueron ellos, a quienes ya pertenecía, a quienes estaba prometida, los que recibieron en sus repugnantes manos la pulsera que se le cayó de la muñeca! ¡Y ellos fueron los que volvieron a ponerle aquel aro, más temible que las cadenas que les ponen a los condenados a muerte! ¡Ah, sí los reconocía! ¡Ahí estaba "el del cráneo semejante a un capacete!..." ¡y "el del cráneo en forma de pilón de azúcar", y "el del cráneo en figura de maletita!" Si por lo menos pudieran suspender su movimiento de péndolas... Les hablaría, y tal vez la comprenderían. ¡Pero no se paran! ¡No se paran! Entonces, sin mirarlos, porque aquel perpetuo balanceo la aturde y podría adormecerla, les dice que está decidida a morir correctamente, como debe morir una esposa del Sol, pero con la condición de que no han de hacer ningún daño al niño y de que le llevarán inmediatamente, sano y salvo, a Lima.

—¡Yo no quiero separarme de María Teresa!

¡Yo no quiero separarme de María Teresa!

—“¡El niño ha hablado”; es el rito!...—dicen los guardianes mirándose, y sin añadir una palabra más se alejan balanceándose, balanceándose... María Teresa lanza un sollozo de loca. Cristobalito, para calmar a su hermana, la estrecha entre sus brazos hasta sofocarla.

—¡Van a venir, María Teresa, no llores! ¡Van a venir!... ¡Chist! ¡Escucha!...

Oyese, en efecto, tras de los muros una extraña música, y casi inmediatamente entra la cuadri-

lla de flautistas. Son unos hombres arrogantes y tristes que se sientan en corro alrededor de María Teresa y del niño, y "que tocan la flauta en huesos de muertos". (1) Son los músicos sagrados de la "quenia". Su canto es más triste que un "de profundis". Nada más que de oírlo corre un sudor helado por los miembros de María Teresa, cuya mirada extraviada recorre aquella vasta sala completamente vacía, que es, indudablemente, la antecámara de su sepulcro.

Piedras ciclópeas, monstruosas, hexagonales, colocadas unas sobre otras, sin cemento, sin que las una otra cosa que su enorme peso, forman los muros de la "Casa de la Serpiente". Las "mamaconas" le han dicho: "Es la Casa de la Serpiente." En otro tiempo oyó hablar de ella. Hay dos casas de la Serpiente: una en Cajamarca (2), otra en Cuzco. Se llaman así por la serpiente de piedra esculpida encima de la puerta de entrada. Esta serpiente está allí para guardar el recinto sagrado. Jamás deja salir a las víctimas destinadas al Sol. La anciana tía Inés y la dueña Irene saben esto y se lo dijeron a María Teresa, que se rió mucho al conocer este último detalle. María Teresa está, pues, en Cuzco, en un palacio muy conocido de los viajeros, de los extranjeros que visitan el Perú, de los historiadores, de los arqueólogos, etc.

(1) La quenia, dice el conde Carlos de Ursel, es una especie de flauta hecha con una tibia humana de la que salen extrañas notas que más bien parecen un lamento que una melodía; los descendientes de los Incas gustan de cantar así, en plena noche, su grito de otros tiempos y su servidumbre actual.

(2) Histórico.

fin, de los hombres civilizados...; un palacio que está en pleno Cuzco... y en el que todos pueden entrar, del que todos pueden salir...; ¡un palacio que los fondistas hacen visitar a sus clientes tras-humanantes! ¡Entonces!... ¿entonces... qué?... ¿Qué significa esta comedia?... ¡Van a llegar!... ¡Van a llegar!... ¿Por qué no llegan?

¿Por dónde vendrán? ¡Ah! Ha oído ruido, murmullos...; sí, dominando los fúnebres sonos de las flautas de huesos de muerto, se oye como el rumor de una multitud que se acerca... que está allí, detrás de la inmensa cortina, de la ancha cortina, de la ancha cortina amarilla que se extiende de un lado a otro de la sala y que la impide ver lo que sucede. ¿Por qué esos rumores, esos cuchicheos, ese arrastrar de innumerables pies?

Interroga a las dos "mamaconas" que deben morir con ella y que están tendidas a sus plantas, envueltas en sus largos velos negros. Ellas le responden, con respeto y afecto, que se preparan a adorar al rey Huayna Capac, el cual debe venir a buscarla para llevarla al lado de Atahualpa. María Teresa no comprende. Aquel rey murió hace mucho tiempo. ¿Cómo quieren que venga? Ni siquiera saben en dónde está. Las "mamaconas" le responden que saben perfectamente en dónde está. Se encuentra en lo profundo de las tinieblas; vendrá y se las llevará a las tres. Y cruzarán las tinieblas, ellas con sus trajes de luto, María Teresa con su túnica de piel de murciélago, y llegarán a las encantadas moradas del Sol. Y en-

tonces vestirán completamente de oro para toda la eternidad, con trajes de oro y joyas de oro.

—¿Y el niño?— pregunta María Teresa—  
¿Qué harán del niño?

¡Horror!; vuelven la cabeza y no responden. María Teresa estrecha aún con más fuerza al chiquillo y le cubre de besos, como si quisiera ahogarle por sí misma, como si quisiera matarle con sus besos. Y Cristóbal le repite: “¡No llores, hermanita mía; no es ese infame rey quien va a venir, sino papá y Raimundo; no llores!”—y le devuelve sus besos.

En una de las enormes piedras hay unos signos misteriosos que las “mamaconas” miran a cada instante, y que los hombres que tocan las flautas de huesos de muerto se señalan unos a otros, tocando cada vez más fuerte su “de profundis”. Son extrañas esculturas que representan pájaros con cabeza de hombre y cuerpo de “coraquenque”. El “coraquenque” es un ave inca cuya imagen ha visto ya María Teresa en los museos de Lima. Sabe que en todo tiempo y en toda la tierra no ha existido a la vez más que una pareja de esas aves, que aparecen en la montaña en el momento de la investidura de un nuevo rey, al cual dan dos de sus plumas para que se adorne la cabeza (1). Aquéllas son de piedra y forman parte de la piedra. ¿Por qué las miran así?

Pero cesa el ruido detrás de cortina, y los hombres que tocan las flautas de huesos de muertos

(1) Cieza de León y Garcilaso.

dejan oír unos sonidos tan estridentes que parece que taladran los oídos. El niño tiene miedo y se acurruca aún más junto al pecho de María Teresa, y de repente se descorre la cortina y se ve toda la sala.

¡VA A VENIR EL MUERTO; ESCUCHAD!

L A llena una muchedumbre prosternada y silenciosa. Los únicos que están de pie delante de todos, en las gradas de pórvido rojo que llegan hasta aquella muchedumbre, son los tres guardianes del templo, los de los cráneos inverosímiles. Visten túnicas de vicuña. Detrás de ellos, un escalón más abajo, y de pie también, está Huáscar, con los brazos cruzados bajo su poncho rojo. Y luego, más abajo aún, en el otro escalón, hay cuatro ponchos rojos prosternados. Son los "directores del sacrificio". Sus cabezas, cubiertas con el gorro sagrado con orejeras, se inclinan hacia las losas de tal manera, que no se les ve la cara. Cuando María Teresa ve esta muchedumbre no puede creer que no haya allí alguien para salvarla. Se levanta con el niño en brazos y grita: "¡Salvados! ¡Salvados!"; pero un gran clamoreo la responde: "Muera la Coya! Muera la Coya!" Le dan el nombre de reina en aimar-quichúa, pero le gritan "muera" en español, para que comprenda bien que nada debe esperar de su piedad: "¡Muera la reina!"

Las cuatro "mamaconas" que están a su derecha, las cuatro "mamaconas" que están a su izquierda y las dos que deben morir y que permanecen delante de ella, la obligan a sentarse de nuevo en su silla. Pero se resiste, vuelve a ponerse de pie, levanta por sobre su cabeza a Cristobalito y grita: "¡Que se salve éste, por lo menos!"; pero todos responden: "¡Ese es para Pacahuamac! ¡Ese es para Pacahuamac!..." Y las doce "mamaconas" cantan: "¡Al principio, antes del dios Sol y de su hermana la Luna, su esposa, existía Pacahuamac, que era el espíritu, el espíritu puro!"

"¡Pacahuamac necesita sangre pura!", responden, cantando, los presentes; y como uno de ellos repitiera: "¡Ese es para Pacahuamac!" Huáscar se volvió y le hizo callar.

Todos estaban de pie a la sazón, excepto los cuatro ponchos rojos, los "directores del sacrificio", que seguían prosternados. Los hombres que tocaban las "quenias" hacían un ruido terrible con sus flautas de huesos de muerto. Pronto no se les oyó más que a ellos, porque aquel ruido dominaba todos los demás ruidos. María Teresa, aniquilada, vencida, ya no gritaba, ya no se resistía. Ninguna voz, ninguna seña había respondido a su llamamiento. ¡Cristóbal y ella estaban perdidos! Con voz débil suplicó a las "mamaconas" que la rodeaban: "¡Quemad los perfumes! ¡No sufriremos!" Pero las dos que debían morir con ella le dijeron: "Debemos morir con todo nuestro conocimiento y todas nuestras energías, para volver luego a la vida con todo nuestro conocimiento y

nuestras energías todas. ¡No quemaremos los perfumes!"

Y he aquí que los hombres que tocan las "quenias" callan a su vez y se hace un silencio aterrador. Todos los presentes se prosternan de nuevo. Y la sonora voz de Huáscar dice: "¡Silencio en la Casa de la Serpiente! ¡Va a venir el muerto! ¡Escuchad!"

Entonces, una especie de temblor de tierra parece conmover los muros ciclópeos, en tanto que se oye el tableteo del trueno, sólo que en lugar de venir del cielo sube de las mismas entrañas de la tierra.

En este momento Cristobalito se estremeció en los brazos de su hermana, y ésta creyó que era de miedo. Pero el niño le dijo al oído: "Mira, María Teresa, mira a los cuatro ponchos rojos." Y ella alzó la cabeza dolorida, y miró, y se estremeció también. Mientras que a impulsos del miedo que les causaban estos extraños fenómenos, todos los presentes se inclinaban sobre las losas, cuatro cabezas aparecían levantadas, vueltas hacia María Teresa, y bajo sus gorros con orejeras, bajo los cabellos que cubrían sus rostros aterrados, ennegrecidos por los afeites indios, la Esposa del Sol acababa de reconocer a su novio, a su padre, a Natividad y al tío Francisco Gaspar.

Una alegría inmensa inundó su corazón. Cristobalito y ella se abrazaron con transporte.

Los cuatro gorros de los cuatro ponchos rojos se inclinaron de nuevo sobre las losas, a tiempo que todos los presentes levantaban la cabeza al

oir el grito lanzado por Huáscar, para anunciar la llegada del difunto rey Huayna Capac.

En tanto que un nuevo sacudimiento de la tierra parecía estremecer todo el edificio. Huáscar, tendidos los brazos hacia la pared que se entreabría, gritaba a María Teresa: "Aquí está el muerto!" (1).

(1) En castellano en el original.

## LIBRO QUINTO

LA parte del muro en donde estaban esculpidos los signos misteriosos y el par de aves con la cabeza de hombre, pareció girar sobre sí misma, y en el mismo momento María Teresa lanzó un grito espantoso porque llegaba el muerto. Fué hasta ella desde el fondo del negro abismo que dejaran descubierto las piedras ciclópeas al entreabrirse (1). Cuando éstas hubieron recobrado su posición primera, María Teresa le vió senta-

(1) Lo que aún se puede ver de las construcciones incas en el Perú, y particularmente en Cuzco, maravilla y deja estupefacto al viajero, así llegue de Egipto, de las llanuras de Tebas, la de las cien puertas, o de las orillas de Filé. En aquellos monumentos hay algo de prodigio, teniendo en cuenta los infimos medios mecánicos de que disponían los incas para el transporte de aquellas piedras con que construían sus templos. Estos, de pórvido o de granito ordinariamente, estaban hechos con sillares colosales que afectaban curiosas figuras geométricas y que encajaban unos en otros, lo que les daba una solidez de conjunto tal, que ni los más violentos terremotos pudieron, al cabo de los siglos, hacerlos vacilar. Si la conquista no hubiera pasado por aquellos edificios con su antorcha llameante y su poder de destrucción, aún estarían todos de pie, lo mismo que el primer día. Los diferentes